

AUTOESTRENO

Jorge Márquez, desde SU CELDA DE INTIMIDAD

Jorge Márquez, 26 breves años, acaba de recorrer su región con su obra "El beso de las mariposas", un automontaje coproducido a partes desiguales entre la Diputación de Badajoz y el Centro Dramático de Extremadura. Un espectáculo tan intenso y extenso como lo puede ser el breve plazo que tiene un preso para ser feliz con una mujer en una "celda de intimidad" carcelaria. Una historia, en fin, de incomunicación.

J. L. V. M.

Martínez Mediero, Murillo, ahora Jesús Alviz... y para de contar. "Hay más gente que escribe teatro, desde luego", pero a Jorge Márquez, autor teatral, no se le ocurren otros apellidos memorables que pudieran dar cuerpo a una suerte de teatro extremeño contemporáneo.

—"Es más, yo no creo que exista, ni que tenga razón de ser un teatro extremeño. Yo veo el teatro como un algo que desborda los clichés y no admite los localismos".

Sea esto cierto o no, el caso es que Jorge Márquez, funcionario de la Diputación de Badajoz, es hijo natural, teatralmente hablando, de una tierra de barbecho. No lo parió una tradición, ni surgió de una "movida", como diríamos hoy, apenas existente allí; sino que esta su monomanía de escribir dramas la cultivó en maceta, en la soledad de sí mismo y de su despacho.

Por eso hace lo que hace y escribe como escribe:

—"El mío es un teatro de texto y en cierta medida intimista. Para entendernos: un teatro del individuo frente a un teatro de lo social. Me han catalogado como un poco pirandelliano y, más anánimemente, de algo nietzschiano. También se ha dicho que en mis obras revolotean a veces un Ibsen o un Strindberg. Puede ser".

Infelicidad contra-reloj

No son grandilocuencias, porque Jorge Márquez es un muchacho sereno y discreto. Son pautas. Algunas de ellas pueden rastrearse en su último trabajo, *El beso de las mariposas*, que acaba de rendir viaje, tras su paso por unas cuantas localidades extremeñas, en el Teatro Menacho de Badajoz. Coproducida por la Diputación y el recién nacido Centro Dramático de Extremadura (a razón de dos millones por uno, respectivamente), su *alma mater* es Jorge Márquez. El se la escribe y él se la monta. Con la colabo-



"De siete a ocho para ser feliz".

ración de Berta Gómez y José Leandro Royo, dos actores-estudiantes de la Escuela de Arte Dramático de Madrid; la escenografía de Francisco Suárez (recuérdese *Amargo*) y la música de Pablo Romero, un nombre que aparece ya en los prolegómenos de esta historia.

—"Todo empezó un día, cuenta Jorge Márquez, en que visité con Pablo Romero la nueva cárcel de Badajoz, antes de ser ocupada por los reclusos. Pedí que me enseñase la "celda de intimidad" y me dominó una sensación horrible, que es la que planteo en la obra, jugando con dos factores básicos: el tiempo y la libertad. O mejor dicho, la falta de ambos".

El beso de la mariposa relata justamente esa hora y pico que tiene un preso para estar a solas con su mujer/amante; una oportunidad de ser feliz contra-reloj ("imagínate que a ti te dicen que tienes de 7 a 8 para ser feliz"), y sabiéndote inexcusablemente vigilado. Pues eso: todo deriva hacia una dolorosa ceremonia de incomunicación.

—"Es una historia de incomunicación —confirma Jorge Márquez—, una investigación sobre sus causas y una forma de enfatizar lo ridículo de éstas, lo que tienen de prejuicio. Aquí lo de-

sarrollo en base a una yuxtaposición de los dos personajes: el preso, ubicado extramuros de la realidad y ávido —más que de sexo— de encontrar su propia identidad y razón de ser; mientras la mujer, situada en una opción más pragmática, urge lo que se supone que es el objetivo del encuentro; algo que en definitiva acabará en fracaso. Si, en este sentido se trata de una tragedia en toda regla. Porque se podría entender que caben otras visitas, otra ocasión mejor, pero no; intencionalmente he situado la acción en un límite hipotético. Esta era su última oportunidad y ya no habrá una próxima vez".

La escenografía por su parte rebusca una fórmula para expresar una especie de agobio cuadrimensional, donde espacio y tiempo opriman inmisericorde y simultáneamente. Francisco Suárez optó por un espacio abierto ("tanto más agobiante, dice J. Márquez, en la medida en que no puedes moverte libremente por él"), un gran colchón indefinido por unas paredes desnudas, con apenas unos muñecos referenciales con máscaras (con cárceles en la cara); unos muñecos que miran, pero que no hablan, "un coro mudo de gente".

Pero el público, no; "el público no ha mirado indiferente y ha respondido bien. Por lo menos a mí me ha servido —dice el autor/director— para reponerme de alguna crítica sangrienta que he recibido y que me hizo pensar en algún momento si no estaría yo equivocado. El público me refrendó que no. Y estoy dispuesto a seguir...".

"Yo tengo un sueño"

...Soñando. Porque ahora mismo, recién finalizado el circuito extremeño de *El beso de las mariposas* y apalabrada ya una gira veraniega del espectáculo por algunas comunidades autónomas peninsulares, Jorge Márquez acaricia un gran sueño con la punta de los dedos: la posibilidad de que el Centro Dramático Nacional (CDN) monte su obra.

Y es que Jorge tiene en su currículum de novel (cuatro títulos, cuatro detalles para abonar esperanzas. Su primera obra "seria", como la califica él, *El espíritu de Butet* (1979) fue, como esta última, autoestrenada y publicada. La segunda, *Ven a buscarme, Talía*, fue publicada también con prólogo de José María Roderó. "En el 82 —prosigue Márquez— escribí *Juegos de madrugada*, que estuvo a punto de ponerse en el María Guerrero, en tiempos de José Luis Alonso. De hecho el comité de lectura dio su visto bueno y llegaron a establecerse incluso los contactos con Miguel Narros para los preensayos. No sé por qué, quizá por falta de entendimiento en los aspectos económicos, el asunto finalmente se paralizó. Más tarde le presenté la obra a Lluís Pasqual, que francamente me dijo que no le interesaba. No así el texto de *El beso de las mariposas*, que sé que ha trasladado a Pep Marín, con la promesa de su posible montaje. Y en esas ando".

O sea, que a Jorge Márquez sus años, sus 26 escuetos y primaverales años, le chisporrotean en los ojos todavía y habla de su pasado apenas como de un trampolín. Y ¿quién sabe si efectivamente no veremos un día de estos a Jorge aupado por el CDN! El futuro es siempre incierto, pero los sueños no son necesariamente falsos. Como dicen los italianos, "qui sarà, sarà". Lo que haya de ser, será. Y es que la verdad también tiene edad, también cumple años. Esta tiene, ya digo, ventiséis. ■■■■■